

Noticiario

Manuel Seoane, no obstante su juventud, es ya una de las más altas figuras de la intelectualidad peruana. Marcha en la vanguardia de los que desean para su país un destino más feliz, basado en un régimen de libertad, que permita al pensamiento vaciarse en los nuevos moldes que agitan hoy la inquietud humana. Y es importante anotar que Seoane no es únicamente un ideólogo que se deja arrullar por teorías y doctrinas más o menos generalizadoras. Es más que eso: un hombre de voluntad fuerte dedicado al estudio de todos los problemas de Indoamérica. Así llaman ellos (1) a toda esta América indígena en cuya cepa de bronce se injertó la sangre ibérica.

Y no es el de Seoane un caso aislado, pues todos los políticos que forman el Estado Mayor del Movimiento Aprista del Perú, (Sánchez, Haya de la Torre, Seoane y otros) son hombres que se dedican al estudio, conocimiento y análisis de aquellas materias que tienen relación con el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo de su país. Es un núcleo de hombres de pensamiento que se preparan para gobernar, no trasladando doctrinas ni regímenes de gobierno, sino creando un sistema político que se ajuste a la psicología, a la idiosincrasia y a la capacidad vital del pueblo peruano identificándolo con su naturaleza misma.

(1) Los apristas.

Seoane, demuestra en este libro el amplio conocimiento que posee de los diversos problemas de carácter económico, social y político que afectan a nuestra América con motivo de la guerra que hoy está destruyendo a Europa. Muchos de estos problemas se deben a nuestra ya tradicional imprevisión. Otros, los plantean, pudiera decirse que automáticamente, los acontecimientos que conmueven al mundo, en esta trascendental etapa de transformación total en que hace crisis una civilización y los sistemas de vida colectivos. Y entre éstos, se destaca como una amenaza para la futura tranquilidad humana el concepto racista de predominio sobre aquellos pueblos que no son de raza aria.

Indoamérica, según lo explica y prueba Seoane con gráficos y cifras elocuentes, es un continente indefenso y una especie de despensa del mundo, rica en materias primas que indudablemente atraerán la codicia de Alemania, si es que logra dominar por completo a Europa. Y una vez obtenido este dominio material y aherrojadas las fuerzas del espíritu, ¿quién podría oponerse a que ellos—los nazistas—dirigieran sus miradas hacia nuestra América buscando no ya el espacio vital, sino su expansión comercial y el aprovisionamiento de materias primas que necesitan para imponer y mantener su comercio?

Y América tiene petróleo, salitre, azúcar, café, tabaco, lanas, carnes, algodón, caucho, metales, maderas en cantidades fabulosas. No es, pues, errado suponer que Alemania se sienta tentada a monopolizar esta enorme riqueza natural para transformarla en productos manufacturados, edificando de esta manera el emporio industrial y comercial más poderoso que jamás haya visto el mundo.

Seoane, para hacer estos vaticinios, se apoya en hechos concretos y en documentos verdaderos, tales como el libro de Herr Rauschning, entre otros, en que este alto personaje del nacional-socialismo alemán denuncia los ilimitados sueños imperialistas de Hitler. Y esto cree Seoane que no sería tan difí-

cil si Gran Bretaña pierde el control de los mares, y Alemania ahora dueña de los astilleros franceses, italianos, belgas, holandeses y noruegos puede construir una formidable flota naval que en un caso de invasión estaría apoyada por una flota aérea, a la que sería fácil trasladar un cuerpo expedicionario desde Europa a la costa de Africa y de ahí al Brasil, repitiendo así, en mayor proporción, la hazaña de Noruega. Y este cuerpo expedicionario recibiría inmediatamente el apoyo de una poderosa Quinta Columna. Hay en Brasil medio millón de alemanes, en Argentina doscientos mil, en Chile cuarenta mil. ¿Estados Unidos, que tiene al Japón en permanente acecho, sería capaz de detener esta fantástica invasión que, aparentemente, parece el producto de una imaginación impetuosa y desorbitada? Sin embargo, los hechos nos están diciendo que estas predicciones no van descaminadas, si consideramos la audacia de los planes hitlerianos y la forma como se han ido desarrollando. Además no hay que olvidar que Hitler expresó que la paz que impondrá el Gran Reich Alemán será por mil años.

Seoane examina en seguida con gran lucidez y larga visión, el pro y el contra, de lo que Indoamérica le conviene, en su futura acción defensiva en la cual no podrá prescindir de Estados Unidos.

Seoane ha escrito, sin duda, un libro interesante, pues en su contenido hay un vigoroso y substancial llamado a la conciencia americana; a sus deberes y a sus responsabilidades. Ha escrito un libro que no es un kardex de estadísticas, ni una exposición de documentos. Por el contrario, hay en él todo el proceso en gestación de un futuro inquietante para nuestro continente. Ha hecho una especie de anatomía de la situación en que América quedará situada según sean los resultados de la guerra. Fríamente, ha desmenuzado hechos y circunstancias para presentarlas desnudamente a la consideración del hombre que ama a América y que desea que viva en el futuro el

destino que le corresponde. Y como él lo dice en su «Advertencia», este es un libro escrito sin jactancia. En sus previsiones pueden existir muchos yerros, que sólo el tiempo podrá rectificar o convertir en certeras apreciaciones.

* * *

Eugenio Salas Pereira, profesor de Historia del Instituto Pedagógico de Santiago, es un investigador original y acucioso de ciertos aspectos desconocidos de la historia chilena. Antes nos dió interesantes datos sobre «La misión Worthington en Chile»; «La actuación de los oficiales navales norteamericanos en nuestras costas» y los «Buques norteamericanos a fines de la era colonial». En suma, las conexiones de Norte América con el continente sudamericano y especialmente con Chile.

Ahora, en este folleto que acaba de publicar, nos habla de «Los viajes del agente norteamericano Jeremías Róbinson». Para ello le es de gran utilidad a Salas Pereira, el propio libro que Róbinson publicó en su patria dando a conocer sus impresiones de estos países, (M. S. Róbinson Diary), y en el cual hay descripciones de la vida santiaguina posterior a Maipú, entre las que llama la atención una de la procesión de Corpus Cristi que a Róbinson le tocó presenciar, por sus toques precisos y el acierto de la observación. A continuación copiamos un trozo de la citada descripción:

«Una doble fila de soldados custodiaba la plaza. El altar mayor lucía las mismas decoraciones de los días anteriores. Todo el recinto estaba iluminado. Los sacerdotes con sus trajes suntuosos daban la nota teatral alineados a lo largo de las naves y sosteniendo en sus manos los pesados cirios. Frente al altar mayor estaban reclinados los grandes dignatarios. La nave central estaba repleta de mujeres. Me detuve un momento a contemplar el espectáculo. Las damas, vestidas de negro estaban ataviadas con mantones del mismo color que le cubrían

la cabeza y parte del cuerpo. La solemnidad de la música y la luz pálida de los cirios, reflejada a través de los arcos y columnas, despertaba sentimientos más bien lúgubres que religiosos. A los pocos momentos comenzó la procesión. Un batallón de infantería iba a la cabeza; le seguía un altar con las imágenes de Cristo, la Virgen y el Espíritu Santo, llevados al hombro de los feligreses. O'Higgins precedía el desfile. La multitud se desbordaba a través de los cuerpos de Ejército».

Pero la labor fundamental de Róbinson consistió en acercar las relaciones comerciales entre Chile y los Estados Unidos.

En 1819, después de un viaje al Perú, regresa nuevamente a Chile, obsesionado por su afán de obtener un verdadero y efectivo acercamiento moral e intelectual entre los países de Norte y Sud América. Y con el fin de conseguirlo, en lo que respecta a Chile, acude al auxilio de personajes de esa época, como don Manuel de Salas y don Juan Egaña.

Como un detalle curioso de la estada en Chile, de Róbinson, anotaremos el hecho de que fué el primero en emplear el procedimiento de la destilación para extraer licor de uvas, manzanas y papas, para lo cual se traslada al sur de nuestro país.

En su libro se detiene a ratos a observar la forma como viven los chilenos y sobre ese aspecto anota en su diario algunas reflexiones certeras: Dice, por ejemplo: «el pueblo chileno debe considerarse como dividido en dos clases: los ricos propietarios y capitalistas, y los vasallos que viven en sus dominios».

En esta apreciación, Róbinson se anticipa a Mc. Bride, que cien años más tarde en su libro, «Chile, su tierra y su gente», llama a nuestro país, «el país del patrón y del sirviente».

Como un detalle que agrega méritos al estudio de Pereira Salas, observamos que la traducción del diario personal de Róbinson, está sacada de una copia fotográfica del original, que se conserva en la Biblioteca del Congreso de Wáshington.

* * *

En un grueso volumen de 450 páginas, que acaba de lanzar la Editorial Nascimento, publica Torres Rioseco los estudios que ha hecho sobre la obra literaria de los «Novelistas Contemporáneos de América».

Para formular sus apreciaciones, Torres Rioseco, ha dividido su extenso trabajo en tres clasificaciones: la novela de la tierra, la novela de la ciudad y la novela del modernismo.

En la primera clasificación agrupa a cinco escritores americanos: un mejicano, Mariano Azuela; un colombiano, José Eustacio Rivera; un venezolano, Rómulo Gallegos; y dos argentinos, Ricardo Güiraldes y Benito Lynch. Como se ve no aparece ningún chileno, lo que equivale, si hemos de tomar como definitivo el juicio de Torres Rioseco, que en Chile aun no se ha hecho «una novela de la tierra».

Lo cual, por otra parte, querría decir que los críticos chilenos están completamente equivocados, cuando afirman con reiterada insistencia que el campo, entre nosotros, como veneno de explotación literaria está completamente agotado. Y esto, ¿puede ser verdad si en una obra de la cuantía, y de los méritos de Torres Rioseco, no aparece mencionada ninguna novela de la tierra chilena? Se entiende, al aceptar esta clasificación, que se trata de una novela que no tenga como escenario la ciudad, ni como tema la pintura psicológica de caracteres. ¿Tanta categoría psicológica tiene «Raquela» o los «Caranchos de la Florida» para que no se pueda poner al lado de ellas las novelas de *Januario Espinosa*, de *Santiván* o de *Latorre*? Una vez más es posible comprobar cómo las apreciaciones literarias, aun cuando provengan de muy alta autoridad en la materia, sólo tienen un valor limitado y relativo.

En la novela de la ciudad, Torres Rioseco, sitúa a dos chilenos y un argentino: *Eduardo Barrios*, *Joaquín Edwards*

Bello y Manuel Gálvez. Y en la novela del modernismo, al uruguayo Carlos Reyles, al venezolano Manuel Díaz Rodríguez, al centroamericano Rafael Arévalo Martínez y a Pedro Prado, nuestro gran poeta, que ha escrito en una prosa alada y rica de matices emocionales, libros tan hermosos como «Alsino», «Androvar» y «La Reina del Rapa Nui».

La obra de Torres Rioseco, por la acuciosidad de su documentación, por la alta calidad de su interpretación literaria y por la solidez de sus conceptos, tiene sin duda una gran importancia, en el estudio de la literatura de la América indoespañola.

* * *

Camilo Quinzio ha hecho una excelente traducción de la hermosa obra de Mario Giannantoni, sobre «La vida de Gabriel d'Annunzio», que acaba de lanzar a la publicidad la Empresa Zig-Zag en un volumen de atrayente presentación, tanto por la calidad del papel como por la tipografía muy adecuada para ser leído sin molestias.

Se trata de un volumen de cuatrocientas páginas, en las que el autor, en una prosa viva y cálida, cuenta al lector todas las etapas de la vida del célebre poeta, cuya obra constituye un timbre de orgullo para la raza latina, que tuvo en d'Annunzio su expresión más cimera y genial. Giannantoni nos muestra al poeta desde su nacimiento, pasando por los años de su juventud agitada y llena de episodios del más alto interés, hasta sus días de gloria.

D'Annunzio cultivó relaciones de amistad con Giannantoni, circunstancia ésta que contribuyó a ponerlo en una situación especialísima en lo que respecta a la intimidad del poeta y conocer sus arrebatos, sus caprichos y genialidades, a tal extremo que el mismo d'Annunzio lo reconoce en una carta

que le dirige a Giannantoni y en la cual le dice: «Tú sabes de mí hasta las más mínimas cosas, borradas ya de mi memoria». (Tu sai di me, anche le piú lieve cose dileguate dalla mia memoria).

Aparte de la circunstancia expresada, esta biografía tiene en otros aspectos un interés apasionante, pues en sus páginas aparecen escenas de la transformación de la vida italiana y del régimen que hoy vive ese país, transformación en la que mucho tuvo que ver el poeta, cuya amistad con el Duce es de todos conocida.

El lector conocerá a d'Annunzio en sus días de locura, de amor, de guerrero hasta llegar a la cumbre de la gloria para ir, finalmente, a retirarse a la apacible soledad del Vittoriale.

* * *

En la importante revista norteamericana «The Nation», de febrero del presente año, encontramos un penetrante y conceptuoso artículo de Archibald Macleish, eminente poeta de gran prestigio en los Estados Unidos, que en la actualidad dirige la Biblioteca del Congreso de Wáshington.

El citado artículo se titula «El arte de ser buen vecino», y en él se refiere a la forma cómo, en general, Estados Unidos ha tratado de atraerse la amistad de los países de la América Latina, y crear a base de esta amistad vínculos espirituales y cuyo primer eslabón serían las relaciones culturales entre la Unión y los países de la América Latina.

El articulista hace especial hincapié en que la propaganda de onda corta de las emisoras alemanas, ha hecho resaltar irónicamente la importancia de estas «relaciones intelectuales» que los sudamericanos acogen con desconfianza, pues les recuerdan «los bonos de Minas Gerzes, la capitalización de la Coeach» o a «los marinos de Veracruz». Pero es preciso reconocer, agrega el señor Macleish, «que mucho antes que los

nazis comenzaran sus descripciones denigrantes sobre nuestros escritores, pintores, arquitectos, actores, eruditos, etc., los intelectuales de la América Latina habían llegado a la conclusión de que nuestros artistas y pensadores eran hombres de poca calidad. Y había razón para que creyeran tal cosa. Nosotros mismos nos habíamos esforzado en propagar que nuestra cultura era la cultura de la Compañía Grace, la del National City Bank, la de las caricaturas de Hearst o la de los romances amorosos de Hollywood. Y por desgracia no existían medios, a la mano, para rectificar esta impresión».

«Se formó así un prejuicio, continúa el señor Macleisch, que sólo pueden hacer desaparecer los verdaderos artistas y eruditos de Norte América. Mas para obtenerlo se necesitan garantías contra la intervención de las mediocridades y vulgaridades, de los favoritos de moda, cuyos nombres figuran en la crónica social». Y termina diciendo: «Porque las relaciones culturales entre los pueblos no son decoraciones, diversiones y pamplinas, como nuestros abuelos creyeron. En ese caso, el fracaso sólo sería medianamente vergonzoso. Pues en un mundo dividido, en que el principio de división es un principio cultural, las relaciones culturales no pueden llamarse bagatelas ni cosas impertinentes. Ellas lo son todo. Y en un mundo de tal naturaleza una derrota cultural es una derrota en un frente en el cual no podemos aceptarla».